Las Estatuas de Sí Mismos

Por Eduardo Anguita

Cuando conocemos esas figuras solemnes y como nimbadas en vida de una atmósfera que impone una atracción sin límites, casi sagrada, no logramos dejar de pensar todo lo de propio y de ajeno, de natural y deliberado que ha trabajado en tallar esas estatuas de sí mismos: se juntan lo que es connatural al hombre eminente y lo que, no siéndole, se ha agregado como por obra del tiempo o de ese anónimo inconsciente que es la masa.

"Y pienso en Tolstói —escribía Knut Hamsun—. No puedo vencer la sospecha de que en la vida de aquel gran poeta se deslizara algo falso, groseramente artificial. Al comienzo, acaso no hubo por su parte más que indecisión. Aquel hombre tan robusto necesitaba entregarse por completo a algo, y como había agotado los placeres del mundo, cayó con su pesadez natural sobre la santurronería religiosa. Debí entregarse por distracción al principio, pero era demasiado vigoroso para dejar el juego; después se convirtió en hábito, acaso en segunda naturaleza". Y sobre Ibsen, Knut Hamsun no es menos piadoso: "Ibsen había empezado a representar la esfinge, durante muchos años, a una hora fija, en tal silla de tal café de Munich. Después tuvo que continuar; por todas partes donde iba se veía obligado a representar la esfinge ante el público, a hora fija y clavado en una silla designada. Porque el pueblo contaba ya con ello. Acaso, a veces, le fuera terriblemente molesto, pero también era demasiado vigoroso para cesar. ¡Qué sólidos ambos, Tolstói e Ibsen! Otros no hubieran podido sostener el papel ni una semana..."

Vamos a los nuestros. Nadie ha olvidado completamente a D'Halmar. Su capa, su voz impostada y aquel epitafio que tuvo preparado quizás desde los veinte años y que gustaba repetir: "No he visto nada sino el mundo. Por mí no ha pasado nada sino la vida..."

Neruda reprochaba el egotismo de Huidobro: "A pesar de que su inteligencia poética es la clave de su brillo, Huidobro tuvo tal vez predilección por forjarse un anecdotario personal, que terminaría por abatirlo y sepultarlo" (...). "La originalidad le preocupó en forma obsesionante toda su vida. Una originalidad de existencia y de poesía" (...). "Esta preocupación lleva a menudo a los escritores a convertirse en la caricatura

de sí mismos". La verdad es que Huidobro, pese a la promoción entusiasta que hacía de sus ideas y aunque, al decir de Alone, "su tendencia al cenáculo, a los grupos y a las capillas literarias que gustaba formar y presidir explica mucho sus éxitos, sus desvíos y extravíos; porque, sin duda, el jefe del clan influye bastante sobre la pequeña tribu, pero ésta, a su turno, lo modifica y condiciona, le impone cierta actitud", pese a todo eso, Huidobro, convivido en la amistad de poesía que los jóvenes mantuvimos con él, era lo menos "estatua" del mundo; su casa misma casi no tenía nada de "poético".

Neruda, él sí, por cierto, haciendo su estatua del modo más natural y espontáneo, como una auténtica expresión de su alma, se vio de repente transformado en monumento público. Su casa de Isla Negra fue lo que él quería como su hogar, pero tal vez no pensó en que los snobs, mezclados a los verdaderos amigos pero frecuentemente torpes admiradores, le iban a amenazar su privacidad. Cuando el nombre del poeta comenzó a crecer, todos, tirios y troyanos, se iban los fines de semana a Isla Negra; comenzaron por arrendar casas y hasta por acampar bajo cualquier carpa de incómoda factura; finalmente compraron sitios y se construyeron. Rondaban la casa, espionando cómo se paseaba el vate, y con qué ojos contemplaba el mar desde su torre; suspiraban con la idea de encontrárselo y "hablar de cultura y poesía", etc; y más osadamente, llegaban a sus puertas pretendiendo el derecho a entrar y desvelar el secreto divino de las musas gracias al examen intruso del mobiliario, de los mascarones de proa, de las estatuillas javanesas, de los puñales de pirata que Neruda tenía en ese enorme escenario mítico que era su hogar. Tuvo que proteger su privacidad, poner cancerberos.

Pero esa peregrinación todavía no cesa; me temo que sea más superficial que reverente. Porque lo que realmente ese tipo de gente intelectualide quiere es enlarse, entrometerse, sobar, aunque sea la sombra de la fama, a ver si se untan con algo de ese dios múltiple que atrae a más idólatras que todas las religiones: el éxito.

Neruda lo sabía, quisiera o no, algo y mucho de su ceremonial tuvo que ofrecer a los intrusos.

Las estatuas de sí mismos [artículo] Eduardo Anguita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Anguita, Eduardo, 1914-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las estatuas de sí mismos [artículo] Eduardo Anguita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile